

EL INDEPENDIENTE.

Los Aduaneros.

Hace algunos años, el inspector general de aduanas de Córcega me llevó consigo en uno de los muchos viajes que hacía de continuo a la costa.

Después de mucho tiempo y de muchos esfuerzos, entramos a la caída de tarde en un puertecillo árido y silencioso, animado solamente por el vuelo de algunos pájaros.

Al rededor de la playa no se veía otra cosa que algunas rocas muy altas y varios grupos de arbustos siempre verdes.

Abajo, en la orilla del agua, aparecía una casita blanca con las maderas pintadas de gris; era el puesto de la aduana.

En medio de aquel desierto, ese edificio del estado, numerando como una gorra de uniforme, tenía algo de siniestro. A tan triste asilo condujéme al desgraciado Palombo.

Al entrar en él hallamos al aduanero comiendo delante de la lumbre con su mujer y sus hijos; todos estaban muy delgados, amarillentos y con grandes ojeras, producidas por la calentura.

La madre, joven aún, tenía en sus brazos un niño de pecho y tiraba al hablar.

Este es un sitio muy malo, me dijo el inspector, y tenemos que cambiar empleados cada dos años, pues las fiebres perniciosas los diezman.

Para atender al desgraciado Palombo hacíase preciso buscar un médico en Sartene, a siete u ocho leguas de allí. ¿Quién había de ir? Nuestros marineros estaban demasiado cansados y era muy largo el camino para los niños.

Entonces la mujer se asomó a la puerta y llamó en alta voz: "Cecco, Cecco," y vimos entrar a un muchacho alto y vigoroso, verdadero tipo de cazador furtivo ó de bandito, con su barretina de color oscuro y su zamarrá de piel de cabra; al desembarcar le vi senta ó delante de la puerta con su pipa en la boca y la escopeta entre las piernas, más luego no sé porque huyó al aproximarnos.

Tal vez creyera que iba algún genardarme con nosotros.

Es primo mío, me dijo la mujer cual si tratara de desvanecer en mi cerebro alguna idea considerada por ella como inconveniente. Es primo mío, y conoce también el camino, que no hay peligro de que se extravíe.

Y después habló con él en voz baja, señalando al enfermo, y el mozo inclinándose sin responder, salió, silbó á su perro y partió echándose la escopeta al hombro y saltando de roca en roca como un gamo.

Mientras tanto, los niños, algo asustados por la presencia del inspector, se apuraban para concluir de comer las castañas y el queso, únicos manjares que había en la mesa. Y siempre agua, nada más que agua para beber, cuando un buen vaso de vino hubiera sido tan provechoso para los pequeños.

¡Ah, miseria!

Por fin, la madre subió al piso superior para acostarlos; el sufrido padre, encendiendo una linterna, se fué á inspeccionar la costa, y quedamos solos al lado de la lumbre velando al enfermo, que se agitaba en su camastro como si hubiese estado aún en el mar sacudido por las olas. Para calmar algo sus dolores, calentábamlos ladrillos, que le poníamos luego en el costado.

Una ó dos veces cuando me acerqué al lecho, el desgraciado me conoció, tendióme su mano áspera y noté que ardía como los ladrillos que sacábamos del fuego.

Bien pronto el frío, el aire y el sacudimiento de las olas agravaron su mal; el delirio se apoderó de él y tuvimos que abandonar.

Después de mucho tiempo y de muchos esfuerzos, entramos a la caída de tarde en un puertecillo árido y silencioso, animado solamente por el vuelo de algunos pájaros.

Al rededor de la playa no se veía otra cosa que algunas rocas muy altas y varios grupos de arbustos siempre verdes.

Abajo, en la orilla del agua, aparecía una casita blanca con las maderas pintadas de gris; era el puesto de la aduana.

En medio de aquel desierto, ese edificio del estado, numerando como una gorra de uniforme, tenía algo de siniestro. A tan triste asilo condujéme al desgraciado Palombo.

Al entrar en él hallamos al aduanero comiendo delante de la lumbre con su mujer y sus hijos; todos estaban muy delgados, amarillentos y con grandes ojeras, producidas por la calentura.

La madre, joven aún, tenía en sus brazos un niño de pecho y tiraba al hablar.

Este es un sitio muy malo, me dijo el inspector, y tenemos que cambiar empleados cada dos años, pues las fiebres perniciosas los diezman.

Para atender al desgraciado Palombo hacíase preciso buscar un médico en Sartene, a siete u ocho leguas de allí. ¿Quién había de ir? Nuestros marineros estaban demasiado cansados y era muy largo el camino para los niños.

Entonces la mujer se asomó a la puerta y llamó en alta voz: "Cecco, Cecco," y vimos entrar a un muchacho alto y vigoroso, verdadero tipo de cazador furtivo ó de bandito, con su barretina de color oscuro y su zamarrá de piel de cabra; al desembarcar le vi senta ó delante de la puerta con su pipa en la boca y la escopeta entre las piernas, más luego no sé porque huyó al aproximarnos.

Tal vez creyera que iba algún genardarme con nosotros.

Es primo mío, me dijo la mujer cual si tratara de desvanecer en mi cerebro alguna idea considerada por ella como inconveniente. Es primo mío, y conoce también el camino, que no hay peligro de que se extravíe.

Y después habló con él en voz baja, señalando al enfermo, y el mozo inclinándose sin responder, salió, silbó á su perro y partió echándose la escopeta al hombro y saltando de roca en roca como un gamo.

Mientras tanto, los niños, algo asustados por la presencia del inspector, se apuraban para concluir de comer las castañas y el queso, únicos manjares que había en la mesa. Y siempre agua, nada más que agua para beber, cuando un buen vaso de vino hubiera sido tan provechoso para los pequeños.

¡Ah, miseria!

Por fin, la madre subió al piso superior para acostarlos; el sufrido padre, encendiendo una linterna, se fué á inspeccionar la costa, y quedamos solos al lado de la lumbre velando al enfermo, que se agitaba en su camastro como si hubiese estado aún en el mar sacudido por las olas. Para calmar algo sus dolores, calentábamlos ladrillos, que le poníamos luego en el costado.

Una ó dos veces cuando me acerqué al lecho, el desgraciado me conoció, tendióme su mano áspera y noté que ardía como los ladrillos que sacábamos del fuego.

¡Triste ve a ía!

Fuera había vuelto á empezar el mal tiempo con la puesta del sol, y en gran manera revueltas las aguas, dejaban oír un ruido tremendo producido por el choque de las olas contra las rocas. De cuando en cuando el viento de alta mar entraba en la bahía y envolvía la casa; yo conocíamlos, porque la leña hisoproteaba sacando llamas que iluminaban de cuando en cuando la faz curtida de nuestros marineros, agrupados alrededor de la chimenea, mirando el fuego con la tranquila expresión que da la costumbre de observar grandes extensas, horizontes inmensos.

A veces también Palombo se que-

jaba, y entonces, fijándose en las miradas de sus compañeros, en el oscuro rincón donde el pobre estaba muriéndose, lejos de su familia y sin consuelo, las lágrimas asomaban á todos los ojos y se oían largos suspiros.

Esto es todo cuanto arrancaba á aquellos obreros del mar, llenos de resignación, el sentimiento de su propio infortunio.

Nada de afección nada de palabras vanas.

Un suspiro y nada más.

Sin embargo, me engaño; uno de ellos al pasar junto á mi para echar un poco de leña en el fuego, me dijo por lo bajo, con voz anegada en lágrimas: ¡Ved, señor! no todas son alegrías en nuestro oficio.

ALFONSO DAUDET

La Opinión de Juan.

Los novios y los invitados habían entrado al salón de los matrimonios y lo llenaban por entero, pues las familias de los dos desposados eran ricas, numerosas y simpáticas. Los Lurean y los Busson, ocupaban en su cuartel dos de las plazas principales entre los altos negociantes, y era una nueva fortuna que el heredero de una de las dos casas, se casase con la hija única de la otra. Bajo otros aspectos, la unión parecía perfectamente adecuada: Edmundo Lurean tenía 28 años y Enriqueta Busson 19. El era un joven bastate guapo, de bigote negro; ella era fresca, rubia y gentil. Cuando le habían propuesto ese matrimonio, él no había hecho sino sola objeción: que no quería casarse sino hasta la edad de 35 años, ni hacerlo con una joven que no hubiese cumplido 21; pero no le fué difícil hacerle comprender que esas razones no eran suficientes para rehusar un partido tan bueno como la Srta. Busson. El día solemne llegó, y Edmundo Lurean estaba enteramente decidido á ser dichoso resintiéndose solo esa especie de inquietud vaga, á la que no escapa ninguno de aquellos que van con frac negro y corbata blanca á presentarse á un funcionario público.

El Alcalde en persona debía unir á los jóvenes esposos, y se sabía de buena fuente, que pronunciaría alocución, todo esto hacia la ceremonia muy atractiva para los invitados.

Los empleados de Alcaldía colocaron á los novios acompañantes en el orden acostumbrado. Uno de esos empleados, un viejo de fisonomía perlona, iba de grupo en grupo, diciendo: "el señor Alcalde no tardará. Al pasar cerca del novio, murmuró sin mirarlo y como si hablase consigo mismo: "hace usted mal," y después se alejó murmurando entre dientes:

¡Que hago mal! y en que? pensó Edmundo. Soy un cándido. No es á quien él ha dicho eso.

El alcalde tardaba en llegar. Las conversaciones comenzaban entre los concurrentes. Algunos se habían puestos de pié y los ugieres les hicieron señas de sentarse. El viejo repetía con impaciencia: "El señor alcalde está en la sala contigua; viene en seguida," y avanzando de nuevo hacia los novios, les dijo: "Servíos sentaros en esos dos sillones."

Mientras que Edmundo maquinalmente se sentaba, oyó al ugier que murmuraba de nuevo muy distintamente: "Que mal hace usted en casarse."

En esta vez sí, pensó Edmundo, sin duda es á mí á quien se dirige. ¿Que me quiere decir ese imbécil?

Frunció el entrecejo, alargó discretamente el brazo para asegurar al viejo empleado; pero éste ya había desaparecido.

¿Habeis oído lo que ha dicho ese hombre, Enriqueta? preguntó á su prometida en voz baja.

No amigo mío replicó sonriendo, sin volver la cabeza para verlo, y agregó: ¿Coaccéis al ugier?

El contestó: Es que me ha parecido que decía alguna cosa; pero no, he delido equivocarme.

"No, no, pensaba, no me he equivocado. Ese viejo loco me ha dicho que yo hacía mal en casarme. Si tuviese tiempo iría á darle una entrada. Lo haré seguramente des, ués de la ceremonia.

Y apoyó fuertemente su pié sobre

la alfombra, con un movimiento de cólera, derrojando una ojeda á todos los procurando descubrir al impertinente. El viejo ugier permaneció en la puerta por donde el alcalde iba á entrar. Su aspecto era insignificante; la vela traquilamente por la ventana de la sala que daba sobre los jardines.

Trascurrieron algunos minutos, y al fin la puerta se abrió y el ugier gritó: El señor alcalde, señores.

Todo el mundo se puso en pié. El alcalde se inclinó ligeramente y se dirigió hacia el bufete. El viejo ugier le acompañaba con respecto, y al volverse á su sitio, mientras que los invitados se sentaban de nuevo, murmuró por la tercera vez, de manera que el novio pudo oírlo:

Que mal hacéis en casaros.

Las manos de Edmundo se crisparon; estuvo á punto de cogerlo por el cuello, pero se contuvo ánte la enormidad de ese escándalo.

El viejo había ido á colcarse en un rincón de la sala, con otros dos ó tres ugieres, y contemplaba la ceremonia, Edmundo lo percibía con el rabo del ojo.

Las formalidades comenzaron. Edmundo nervioso se mordía los labios, pensando con una especie de rabia, en el imbécil, en el miserable, sí el miserable, en ese ugier, en ese criado que se atrevía á permitirse una grosería semejante, y no sólo dentro de un rato iba á hacerlo arrojar de la alcaldía, sino que además le administraría en algún pasillo la corrección merecida.

El pícaro ese le amargaba ese día con esa broma indigna. Porque Edmundo estaba turbado: sí, ¡Dios mío! él no lo disimulaba; estaba turbado, inquieto furioso. Había mucho de fantástico, mucho de sobrenatural en esta aventura. Jamás, en la vida, se había visto á un ugier de una alcaldía decir á un novio, cinco minutos ántes del matrimonio, que hacía mal en casarse. Si éste hombre estaba loco, ésta no era evidentemente la primera vez que su locura se manifestaba, y en este caso se hubiera sabido, no le habrían dejado desempeñar esas funciones. Si no estaba loco, es que tenía alguna razón grave, seria, decisiva; pero ¿que? ¿que? ¿que?....Esta inquietud era insoportable.

El alcalde había terminado la lectura de las actas y comenzaba la de los artículos del código que tratan de la dicha de los desposados.

Edmundo dirigió una mirada hacia el viejo pícaro, siempre inmóvil en su rincón, ¡Cosa rara! la mirada del ugier no era ya irónica, por el contrario, era dulce, paternal, y hasta pareció á Edmundo que expresaba compasión.

El novio no pudo dominarse y tocó la pechera de su camisa con el índice de la mano izquierda como para interrogar, como para preguntarle: ¿Es á mí, á mí mismo, á quien vos os dirigís? ¿Soy yo, aquí presente, quien hago mal en casarme? ¿Persistís? ¿No os equivocáis?

La mirada contestaba: Sí, sí... sois vos mismo... después se dirigió á otros objetos.

Durante un minuto, Edmundo fué presa de una terrible angustia. No, el ugier no era un loco; el ugier no era un miserable bromista; el ugier sabía una cosa; el ugier se interesaba á él, Edmundo. Al verlo en ésta sala de la alcaldía, en los momentos de casarse, en los momentos de hacer su esposa á Enriqueta, se había asombrado prodigiosamente. Debía ser poseedor de uno de esos secretos de familia, que el azar descubre á veces al primer venido; con toda certeza él conocía á su prometida, él estaba al corriente de un misterio.

Y durante ese minuto, multitud de pequeñas ocurrencias, de detalles insignificantes, se presentaron á la imaginación de Edmundo y ataligó se dijo: "Si tiene razón, hago mal en casarme."

Era demasiado tarde.

Señor Edmundo Lurea, dijo el alcalde, consentís en tomar por esposa á la señorita Enriqueta Busson?

Edmundo páldo, aniquilado, atardido, murmuró: Sí, señor alcalde.

Cuando la desposada había consentido igualmente "sí," empezaron á ponerse las firmas, y las conversaciones

interrumpidas entre los asistentes continuaron.

Entonces, Edmundo Lurea vió que se acercaba á él el viejo ugier, y lo miró sin cólera.

Habeis hecho mal en casaros, dijo el viejo entre dientes.

Lo sé, replicó Edmundo, con un movimiento de labios; y agregó: Estas aquí; quiero decirlos una palabra. ¿como os llamáis?

Juan.

Y como si le diese un orden relacionado con la ceremonia, Edmundo lo llevó á un lado y con viveza:

Decidme lo que sabéis. Tomad, he aquí cien francos.

¿Yo? Yo no sé nada, señor, dijo el ugier sonriendo.

¿Vos no sabéis nada? Vos no me conocéis?

Pues no, señor.

Pues entonces, miserable, ¿por qué me decís que he hecho mal en casarme? El viejo ugier hizo un gesto.

Es mi opinión, señor. Yo considero que hacen mal en casarse. Cada uno tiene el derecho de expresar su opinión, ¿no es verdad?

ALFREDO CAPUS.

Hecho Horrible.

En una población de Texas, en días pasados salió una multitud de niños de ambos sexos á hacer día de campo, y después de haber divertido un rato con juegos y saltos, dos de ellos una jovencita de 12 años de edad y un joven llamado John Baldwin; salieron rumbo á una casa de campo que quedaba de allí como á una milla de distancia. Como la pareja no volviera á tiempo, en seguida salieron algunos en su busca y no tardaron mucho en hallar á la niña muerta en un bosque. Mostró al que primero había sido asaltada criminalmente y después asesinada. Una turba de gente anda siguiéndole la pista al malhechor, y si es aprehendido de seguro que será linchado.

"August Flower"

Mr. Lorenzo F. Sleeper is very well known to the citizens of Appleton, Me., and neighborhood. He says: "Eight years ago I was taken 'sick, and suffered as no one but a 'dyspeptic can. I then began taking August Flower. At that time 'I was a great sufferer. Every thing I ate distressed me so that I 'had to throw it up. Then in a 'few moments that horrid distress 'would come on and I would have to eat and suffer 'again. I took a 'little of your medicine, and felt much 'better, and after 'taking a little more 'August Flower my 'Dyspepsia disappeared, and since that time I 'have never had the first sign of it. 'I can eat anything without the 'least fear of distress. I wish all 'that are afflicted with that terrible 'disease or the troubles caused by 'it would try August Flower, as I 'am satisfied there is no medicine 'equal to it."

Ayer's Pills

are better known and more generally used than any other cathartic. Sugar-coated, purely vegetable, and free from mercury or any other injurious drug, this is the ideal family medicine. Though prompt and energetic in their action, the use of these pills is attended with only the best results. Their effect is to strengthen and regulate the organic functions, being especially beneficial in the various derangements of the stomach, liver, and bowels.

Ayer's Pills

are recommended by all the leading physicians and druggists, as the most prompt and effective remedy for biliousness, nausea, costiveness, indigestion, sluggishness of the liver, jaundice, drowsiness, pain in the side, and sick headache; also, to relieve colds, fevers, neuralgia, and rheumatism. They are taken with great benefit in chills and the diseases peculiar to the South. For travelers, whether by land or sea.

Ayer's Pills

are the best, and should never be omitted in the outfit. To preserve their medicinal integrity in all climates, they are put up in bottles as well as boxes.

"I have used Ayer's Pills in my family for several years, and always found them to be a mild and efficient purgative, having a good effect on the liver. It is the best pill used."

—FRANK SPILLMAN, Sulphur, Ky.

Prepared by Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., U.S.A.

Every Dose Effective

REGULATE THE STOMACH, LIVER AND BOWELS, PURIFY THE BLOOD. A RELIABLE REMEDY FOR Indigestion, Biliousness, Headache, Constipation, Dyspepsia, Chronic Liver Troubles, Dizziness, Bad Complexion, Dysentery, Offensive Breath, and all disorders of the Stomach, Liver and Bowels.

YOU'LL APPRECIATE THE STEARNS HIGH WHEEL LAWN MOWER SO EASY TO RUN: Almost runs its self. NONE OF THAT TERRIBLE RATTLING NOISE SO COMMON TO LAWN MOWERS. And it cuts closely in HIGH, TIGHT GRASS.

F. A. AMES & CO., Wholesale Manufacturers of PLEASURE VEHICLES. ALL OUR WORK GUARANTEED. Every Vehicle Exceeds as Represented.

DR. PRICE'S Cream Baking Powder. The only Pure Cream of Tartar Powder.—No Ammonia; No Alum. Used in Millions of Homes—40 Years the Standard.

Buy a Good Cash Register. THE MERCANTILE, PRICE, \$25.00. Used and endorsed by nearly 10,000 progressive Merchants. A PERFECT CASHIER, NEEDED IN EVERY RETAIL STORE.

ELKHART CARriage AND HARNESS MFG. CO. No. 1, Farm Harrows. No. 119 Road Wagon. \$24.50. \$27. No. 41 Wagon. \$25. W.B. PRATT, Sec'y, ELKHART, IND.

PATENTS FOR INVENTIONS. Equal with the interest of those having claims against the government is that of INVENTORS, who lose the benefit of valuable inventions because of the incompetency or inattention of the attorneys employed to obtain their patents.